

por Jesús Salvador Treviño

# TESTIGO Ocular

“El brazo del universo moral es largo,  
pero se inclina hacia la justicia.”

Martín Luther King, hijo.

El soldado extraterrestre medía seis pies. Sus largas trenzas negras colgaban sobre la espalda de su uniforme. Hablaba con dificultad debido a la nariz y fauces de prótesis que salían de su agrandada boca. El maquillaje alrededor de sus ojos estaba tan incrustado de látex y pelo que a duras penas podía ver. Una espada de cuatro pies colgaba de su costado, y llevaba un arma de láser en sus garras.

—¿Cómo me veo?

—Se ve muy bien. Respondí. Espera por ahí, estaremos listos para comenzar en un minuto.

Me eché hacia atrás en mi silla de director en el set de *Estrella Viajera*. Los actores vestidos en una variedad de disfraces extraterrestres, adornados con fantásticos maquillajes faciales, deambulaban en el set de un bazar futurista completo con tiendas de armamentos, tiendas de especiería, almacenes de tejidos y vendedores de comida. El set de *Estrella Viajera* hormigueaba con los

preparativos de último minuto: Los iluminadores ajustaban las luces, los maquinistas insertaban cuñas bajo los rieles metálicos para estabilizar el dolly, y dondequiera los artistas de maquillaje aplicaban retoques de último minuto a la horda extraterrestre. Al mirar hacia el exótico centro comercial, Robert Beltrán, una de las estrellas de *Estrella Viajera*, se me acercó.

—Muy chévere. Me dijo Beltrán al examinar el set con su legión de diversas formas de vida. Incluso para *Estrella Viajera* esto era una rareza. Más de



veinte especies diferentes de extraterrestres habían sido creadas para esta sola escena.

—¿Pero dónde están los mexicanos? —pregunté en broma. Beltrán, actor chicano natural de Bakersfield, California, se sonrió.

—Estamos aquí —dijo—, señalándonos a él y a mí.

Yo asentí con la cabeza, muy consciente de que él y yo éramos anomalías: dos chicanos trabajando en la televisión principal norteamericana.

Justo entonces llegó mi director asistente, Jerry Fleck.

—Estamos listos —dijo.

Indiqué a Beltrán que se uniera a Robin McNeill, otro de los protagonistas de *Estrella Viajera*, cerca de la entrada del supermercado futurista. En el fondo, visible a través de una puerta, había colgada una gran pantalla azul. Más tarde se sobreimpundrían electrónicamente más extraterrestres sobre la puerta azul, para dar la impresión de que había más cuerpos en la muchedumbre. Los dos actores de *Estrella Viajera* se situaron en sus posiciones y los extraterrestres se situaron alrededor de ellos.

—Rueda sonido —gritó Allan Bernard, el grabador.

El asistente de cámara claqueteó la escena:

—Intercambio Justo, escena 13, toma uno.

—¡Y... acción! —grité.

Mientras filmábamos la escena en la cual la tripulación de la *Viajera* visita una estación espacial de delincuentes en el Cuadrante Delta, mi mente se alejó del set, los extraterrestres y los técnicos de la filmación. Pensé en los treinta años que habían transcurrido desde que había filmado a 1500 chicanos reunidos en la Primera Conferencia Juvenil de Denver. En los ojos de mi mente podía aún ver a los jóvenes chi-

canos izando la bandera mexicana sobre el capitolio estatal de Colorado, proclamándose a si mismos ciudadanos de Aztlán. Cómo han cambiado los tiempos.

En 1976, después de una exitosa temporada de transmisiones de *Fábrica Infinita*, me mudé de Boston a Ciudad México para dirigir el largometraje que había escrito, *Raíces de Sangre*. La película, protagonizada por actores mexicanos y chicanos, fue filmada en locaciones en México. Era una historia de amor entre un chicano graduado de Harvard y una apasionada organizadora de la comunidad, ubicada en un pueblo fronterizo en Texas, donde los trabajadores mexicanos y chicanos estaban organizando un sindicato internacional.

Descrita por el *Diario Variety* como “un llamado bien realizado al activismo y el compromiso político”, la película fue nominada para el Ariel, el equivalente mexicano del Oscar, y años más tarde fue señalada como una de las 25 mejores películas latinoamericanas de todos los tiempos durante la celebración del Quinto Centenario en el Festival Internacional de Cine de Valladolid, España. En 1980 yo escribí y dirigí el drama para American Playhouse *Seguín*, que contaba la poco conocida historia de los tejanos, mexicanos nacidos en Texas, quienes pelearon en el bando de Texas durante la revuelta en Texas contra sus propios compatriotas mexicanos.

Durante los comienzos de la década del 80 uní mis fuerzas nuevamente con José Luis Ruíz. Formamos una sociedad y nos dedicamos a dirigir y producir documentales para PBS —la mayoría sobre temas latinos y chicanos. Durante los 60 y principios de los 70 ambos pudimos conseguir financiamiento para películas y programas de televisión que enfocaran directamente los temas señalados por el Movimiento Chicano. Los

Estados Unidos de los años 80, sin embargo, se habían vuelto conservadores. Bajo las administraciones de Reagan y Bush fueron recortados los fondos para documentales en PBS. Para 1984 se habían secado las fuentes, y José Luis Ruíz y yo nos vimos obligados a cerrar nuestra compañía de películas.

Incapaces de encontrar empleo como cineastas documentalistas o penetrar en Hollywood (las prácticas exclusivistas para mantener a los latinos como yo fuera de la televisión principal y el cine continuaban sin aplacarse), llegué al punto más bajo de mi vida. Después de dieciséis años de matrimonio Gayla y yo nos divorciamos. Después de estar desempleado durante más de un año, y al borde de la bancarrota, decidí dejar el cine. Me mudé a Tucson, Arizona, donde estudié escritura de guiones y enseñé realización de documentales en la Universidad de Arizona.

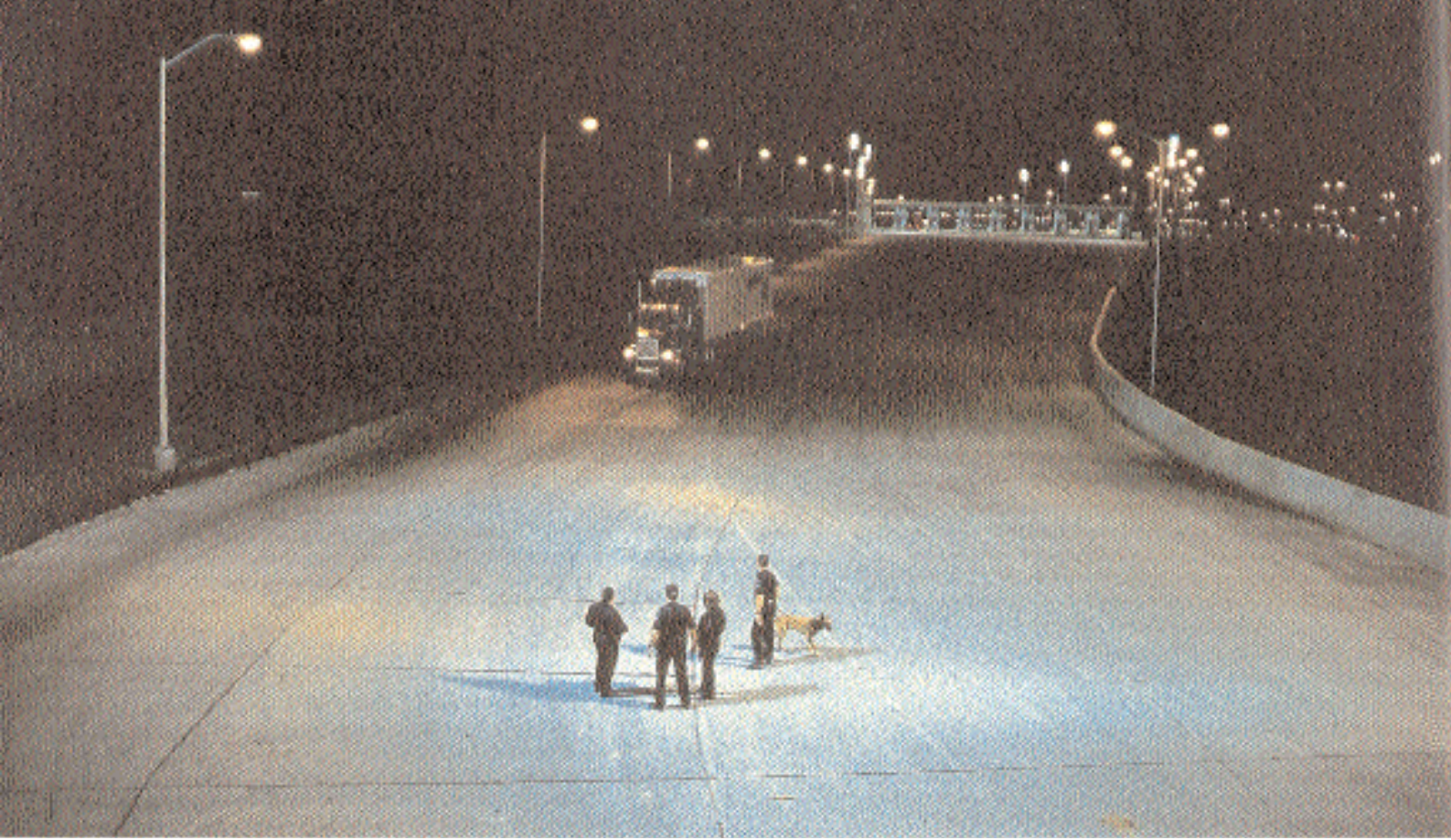
Eventualmente regresé a Los Angeles. En 1988 decidí probar nuevamente en el cine. Fui a una entrevista sobre un empleo, dirigiendo un especial post-escolar de la CBS titulado *Pandillas*. Aunque con buenas intenciones, el guión sobre las pandillas chicanas era insensible a la noción de adquisición de poder por parte de los chicanos. Rechacé la oferta, y en su lugar, presenté cinco cuartillas a un solo espacio criticando el guión. Para sorpresa mía, el productor del programa me llamó para ofrecerme el trabajo de dirección, pero también me pidió que trabajara con el guionista para reformar el guión incluyendo mis sugerencias. *Pandillas* ganó el Premio de la Unión de Directores como Mejor drama en espacios diurnos en 1988 y me consiguió ser representado por la agencia International Creative Management, que me impulsó hacia arriba de dirigir documentales a dirigir episodios para televisión.



Desde 1988 he estado empleado con regularidad como director de dramas por episodios, tales como *Azul de NYPD*, *Esperanza de Chicago*, *Arroyo Dawson*, *La Práctica*, *Los Puentes de Nash*, *El Pretendiente*, *Estrella Viajera*, y otros.

A continuación del éxito de *Pandillas* y, posteriormente el éxito de mi trabajo en los episodios, me di cuenta que si yo quería continuar en mis esfuerzos de hacer avanzar los ideales de justicia social e igualdad —los valores que me inculcó el Movimiento Chicano— necesitaba ser inteligente sobre cómo lograrlo. Durante mi estancia en Arizona había aprendido una amarga lección: sin una presencia en los medios, era ineficaz como activista social. Necesitaba mantenerme como un jugador de sobresaliente perfil en los medios principales si quería continuar mis esfuerzos por el cambio social. He encontrado que la forma más efectiva de adelantar mis ideales es ganarme la vida dirigiendo programas comerciales, creando oportunidades para los latinos cuando y donde pueda, al producir mis propias películas colateralmente, las cuales expresen más abiertamente mis creencias.

Por lo tanto, durante principios de los 90, mientras me ganaba la vida dirigiendo episodios para programas principales,



como *Seaquest*, *Hankeye*, *New York Clandestino*, *El Espacio Encima* y *más Allá*, y *Babilonia 5*, también ayudé a José Luis Ruiz, mi antiguo amigo, a escribir propuestas y lograr financiamiento para un proyecto épico. Durante seis años trabajamos para financiar y producir lo que eventualmente se convertiría en la serie documental en cuatro partes *¡Chicano! La Historia del Movimiento Mexicano-Americano por los Derechos Civiles*, una serie para TV que marcó un hito que José Luis y otro viejo amigo, Luis Torres, habían iniciado. Yo serví como productor ejecutivo. De vuelta en el set de *Estrella Viajera*, mientras me preparaba para filmar los primeros planos de los extraños extraterrestres alrededor mío, me preguntaba al vuelo cómo sería el verdadero futuro del espacio. ¿Habría realmente algún día chicanos en el espacio? ¿Ocuparían alguna vez los chicanos y los latinos el lugar que les pertenece por derecho en la sociedad norteamericana?

¿En el comienzo del nuevo milenio será apropiado preguntarse si las pro-

testas y acciones sociales relatadas en este libro han conseguido algún cambio social? ¿Están los chicanos y latinos mejor que en la década de los 60? ¿Qué podemos aprender de la experiencia del Movimiento Chicano? ¿En qué formas puede brindarnos estrategias para los retos que enfrentan los latinos en el año 2001 y más allá?

### **Un legado de cambios positivos**

Las protestas sociales del Movimiento Chicano impulsaron una nueva era de progreso para los chicanos y otros latinos en los Estados Unidos. En sus aspectos más básicos, eventos como la Moratoria Chicana del 29 de agosto se sumó a la protesta nacional que eventualmente detuvo la guerra en Viet-Nam. La terminación de la guerra trajo consigo el fin de la cantidad desproporcionada de soldados con apellidos hispánicos que morían por miles en los arrozales y selvas de Viet-Nam.

En el frente de educación, los esfuerzos de grupos como el Fondo

Mexicano-Americano de Defensa Legal y Educación (MALDEF) y el Comité Coordinador de Asuntos Educativos (EICC) produjeron programas que prepararon mejor a los estudiantes para la enseñanza superior. La tasa de deserción escolar en las cuatro secundarias de Los Angeles Este se ha reducido de un 50% a la cifra menos alarmante de 28% en Wilson, 20% en Roosevelt, 15% en Wilson y 8% en Garfield. La matrícula universitaria de los latinos subió de menos del 4% en 1968 a cifras tan altas como 10% en los años 90. Los programas iniciados bajo la Ley de Derechos Civiles de 1965 y las Leyes de Educación Bilingüe de 1968 y 1974 han resultado en numerosas oportunidades que dan mayor poder a los jóvenes latinos en niveles elemental, secundario y universitario. También han generado programas para reclutar y entrenar más maestros, consejeros y administradores con apellidos hispánicos. En 1968, por ejemplo, menos del 4% de los maestros y consejeros en el Distrito Escolar Unificado de Los Angeles era con apellidos hispánicos; en el año 2000, esa cifra se había elevado al 22% del personal de enseñanza.

En la arena política, los esfuerzos de grupos como MALDEF y el Proyecto de Registro y Educación de Votantes del Suroeste (SVREP) hizo retroceder años de circunscripciones artificiales y redefinió las oportunidades de voto para los latinos, dando como resultado que se registraran millones de votantes latinos que antes no lo habían hecho, y la correspondiente proliferación de funcionarios latinos electos.

En los momentos de la convención del Partido de la Raza Unida en El Paso, Texas, había cuatro representantes mexicano-americanos en el Congreso de los Estados Unidos, y un miembro en el Senado. De conjunto había solo unas pocas docenas de fun-

cionarios electos estatales y locales en Texas, California, Nuevo México, Arizona y Colorado.

Hoy existen 19 latinos en la Cámara de Representantes, pero no tenemos senadores. Alcaldes con apellidos hispánicos han sido elegidos en San Antonio, Denver y otras ciudades del suroeste, y los latinos han sido designados para el gabinete de los Estados Unidos como Tesorero, Secretario de Transporte, Secretario de Salud, Educación y Bienestar Social, y Secretario de Energía.

En el comienzo del año 2000 había 1724 funcionarios electos locales y estatales en Texas, 603 funcionarios electos en Nuevo México, 264 en Arizona y 151 en Colorado. En California, el Teniente Gobernador es latino, así como el Presidente de la Cámara y el líder de la mayoría en el Senado. Esto hace un total de 762 funcionarios electos estatales y locales, incluyendo 24 legisladores estatales.

Aun cuando hay mucho por lo que pueden recibir crédito los activistas chicanos, después de todo —toda una generación de mexicano-americanos han sido inspirados a devolver al barrio, en la forma de sus actuales médicos, abogados, educadores, políticos, artistas, escritores y cineastas— la condición actual de los latinos en los Estados Unidos dista mucho de ser un lecho de rosas.

La promulgación de legislación como la Proposición 187 de California, que niega oportunidades educativas a los hijos de los inmigrantes indocumentados a pesar de los impuestos que pagan (la mayor parte de la cual fue luego rechazada en los tribunales), y la Proposición 209, aboliendo los programas de acción afirmativa en las universidades de California, son solo algunos de los reveses que enfrentan los latinos hoy.

## ¿Entonces y ahora, mejor o peor?

En 1970, en la cúspide del activismo del Movimiento Chicano, los chicanos eran alrededor de 4,9 millones de los 9 millones de latinos en Norteamérica. Con un 50% del total los chicanos eran la mayoría, seguidos por los puertorriqueños (16%) y los cubano-americanos (alrededor del 6%). Centro y suramericanos y otros pueblos de origen hispano completaban el resto. La población inmigrante latina, mayoritariamente de México, se estimaba en 300 000 al año.

Hoy, los chicanos y mexicanos son el 63% de la población latina, seguidos por los puertorriqueños (12%) y los cubano-americanos (4%). Aunque no estaban presentes en grandes números en 1970, sí tienen una presencia considerable hoy inmigrantes de países centroamericanos como Guatemala, Nicaragua y El Salvador, quienes hoy constituyen el 14% de todos los latinos en Estados Unidos —resultado directo de la política exterior norteamericana que ha contribuido a prolongadas guerras en esos países, dando como resultado dislocaciones masivas. Se calcula que entra más de un millón de inmigrantes ilegales en los Estados Unidos cada año.

En 1970 la mayoría de los chicanos estaban atrapados en un ciclo de pobreza. El desempleo entre los varones de apellido hispanico era un 8,5% de la fuerza laboral, comparado con un 4,5% para los anglos. En algunos estados como Nuevo México y Texas, la tasa de desempleo era hasta tres veces más que la de los anglos. Sesenta por ciento de los que trabajaban lo hacían en trabajos manuales. Veinte por ciento de las familias de apellido hispanico vivían bajo el nivel oficial de pobreza.

Hoy el desempleo entre los varones con apellido hispanico es aún peor: 9,2% comparado con 4,3% para los

anglos. El ingreso per cápita de los latinos es aún la mitad del de los anglos, y ahora un 26% de la población nacional latina vive bajo la línea de pobreza de \$12 000 al año para una familia de 4. Más que antes, el sub-empleo en trabajos marginales sale a la superficie como fenómeno recurrente. A menudo hombres y mujeres deben tener más de un trabajo para cubrir sus necesidades.

En 1968, cuando los estudiantes de secundaria desafiadamente abandonaron las cuatro escuelas secundarias de Los Angeles Este para protestar por la educación inferior, la tasa nacional de deserción escolar entre los estudiantes con apellido hispanico era de 30% y llegaba tan alto como 50% en algunas escuelas con grandes poblaciones mexicano-americanas.

Hoy hay más maestros y consejeros latinos que nunca antes, e incluso hay latinos en las juntas de educación. Pero mientras la tasa de deserción en las cuatro escuelas secundarias de Los Angeles Este puede haber disminuído, la tasa nacional de deserción entre latinos permanece alrededor del 30% en las últimas tres décadas. Llegó a un pico de 40% en 1992 (nacionalmente, 40% de los niños latinos que entraron en la enseñanza primaria desertaron antes de llegar al grado 12 en 1992).

En 1967, cuando Tijerina lanzó su celebrado ataque a los tribunales para reclamar las tierras originalmente mercedada a familias mexicano-americanas de Nuevo México, 30% de todas las familias chicanas vivían en casas deterioradas y 53% de los mexicano-americanos eran dueños de sus viviendas. Hoy el movimiento de entrega de tierras, a todos los efectos prácticos, está muerto. Nacionalmente 48% de los latinos son dueños de su vivienda (aunque el porcentaje es menor, en números reales es mucho más que nunca antes). Pero una nueva clase inferior entre los latinos,

compuesta mayoritariamente de inmigrantes, continúa viviendo en casas desvencijadas y superpobladas, particularmente en áreas urbanas.

En 1969 la Comisión de Derechos Civiles informó que había “patrones extendidos de abuso policial contra los mexicano-americanos”, incluyendo violencia policial, aplicación discriminatoria de la ley y arrestos excesivos, dando como resultado una cantidad desproporcionada de chicanos en cárceles y prisiones.

La brutalidad policial contra los latinos continúa. El escándalo de la Estación de Policía de la División Baluarte de Los Angeles, que comprometió docenas de condenas criminales obtenidas mediante testimonio perjuro de los funcionarios, subraya el abuso hacia los latinos. Son las principales víctimas de los casos demostrados en ese escándalo de golpizas, disparos ilegales, plantar evidencia falsa e involucrar a gente inocente. En vez de protestar estos abusos, los funcionarios electos latinos han salido en defensa de la policía, aferrándose tozudamente al mito de que son solo casos aislados.

La ley californiana de “tres strikes”, que obliga a sentencias de 25 años hasta perpetua a los individuos que llegan a su tercera condena por delitos mayores, tiene un impacto desproporcionado sobre la juventud latina y afroamericana, quienes, debido al abuso de drogas en los barrios —delito mayor— caen más frecuentemente bajo su jurisdicción. Esto da como resultado lo que Elizabeth “Betita” Martínez ha catalogado como “criminalización de la juventud latina.”

Cuando Ricardo Sánchez estaba en su celda en la instalación correccional estatal de Huntsville, Texas, los reclusos de apellido hispánico constituían el 17% de la población penal de Texas. Hoy esa cifra ha subido al 26%.



En 1970, cuando yo filmé dentro de los muros de la Prisión de Soledad, los chicanos y otros latinos eran aproximadamente el 16% de la población penal de California. Ahora hacen el 34% de la población penal del estado. Aun cuando este incremento se puede explicar en parte por la explosión de la población latina en el estado, las cifras son aún desproporcionadamente altas. En los años 60 y 70 el activismo chicano estaba vivo y prosperaba en el sistema penal, con grupos de auto-ayuda tales como el Grupo Educativo Mexicano Americano (GEMA). Ahora estos grupos de autoayuda basados en el Plan de Aztlán han sido reemplazados por la omnipresencia de la mafia mexicana, distribuyendo drogas y promoviendo la violencia dentro y fuera de los muros de la prisión.

Hay más pandillas, miembros de pandillas y crímenes de pandillas en los barrios del Suroeste que nunca antes. La gravedad de la violencia también ha aumentado. En los años 60 la “guerra” entre pandillas era generalmente peleas a puñetazos; cuando se utilizaban armas, eran casi siempre cuchillos o armas de fabricación casera. Hoy el arsenal de las pandillas incluye escopetas



recortadas, metralletas Uzi y fusiles semiautomáticos AK-47. El abuso de las drogas, siempre presente en los barrios, se ha vuelto galopante en los últimos años. Aquí también se han elevado las apuestas. En los años 60 la juventud chicana fumaba marihuana, ingería excitantes o tranquilizantes (anfetaminas y seconal) y una tableta ocasional de ácido lisérgico. Los jóvenes de hoy están enganchados en las más mortíferas cocaína crack y PCP, y son adictos de toda una vida a la heroína.

La continuada ciudadanía de segunda clase de los latinos se ve claramente en el campo de la producción de cine y televisión. En 1970, en la época en que yo produje el estudio en tres partes para IMAGE sobre los mexicano-americanos y los latinos en la industria del cine, había un solo programa en el aire con tema latino, *Chico y el Hombre*. En esa época menos del 0,5% de los programas de televisión y películas de cine eran dirigidos por latinos, menos del 0,5% de los guiones eran escritos por latinos, y los actores latinos eran menos del 3% de los papeles en pantalla. Eramos a duras penas un punto en la pantalla del radar.

En el momento de escribir estas líneas, hay solo dos programas con tema latino en la televisión americana, *Bulevard Resurrección* y *Los Hermanos*

*García*, a pesar de que los latinos son ahora el 12% de la población nacional y componen el 44% de la población de Los Angeles/Hollywood, donde se produce una buena parte de la televisión americana. Hoy los latinos dirigen solo el 2% de las películas y la televisión americana, los guionistas latinos escriben el 1% de los guiones y los actores latinos cubren solo el 3,5% de los puestos de actuación. Yo soy uno del solo un puñado de latinos afortunados que pueden decir que tienen empleo regular en la industria. Al comienzo de este nuevo siglo los ejecutivos de las cadenas han prometido mejoras, pero si la historia puede juzgarnos, estas son probablemente promesas vacías.

En la sociedad como conjunto hay algunas señales de que se ha progresado. Muchos de los chicanos que constituían una clase inferior en la época del Movimiento han aprovechado la ventaja de las oportunidades económicas creadas por este movimiento social y han tenido éxito en la educación, la política, los negocios y la ley. El llamado “Mercado Hispánico” ha sido identificado como una oportunidad económica en explosión, no solo para los empresarios tradicionales, sino también para un creciente número de empresas de negocios “hispanicas”. Los americanos con apellidos hispanicos gastaron \$383 mil millones en un año. Para una clase emergente de negociantes latinos esto ha sido una mina de oro.

¿Mejor entonces o ahora? El informe tiene resultados mezclados. Mientras una clase media emergente de latinos tanto nativos como inmigrantes se puede identificar con marcadores tales como un ingreso anual medio de \$50 000 o más y un incremento en la propiedad de las viviendas, un número mayor de latinos, tanto en números reales como en porcentaje, se encuentran en niveles de subsistencia como empleados o en



niveles de pobreza. Muchas de estas gentes son inmigrantes de México y América Central, quienes ahora constituyen la clase inferior antes ocupada por los mexicano-americanos nativos de los Estados Unidos. Continúan las oleadas de inmigrantes alimentadas en parte por las políticas económicas y exterior de los Estados Unidos. Pero no es solo el tema de los inmigrantes. Familias latinas que han estado aquí durante generaciones están aun luchando contra la pobreza y la subyugación.

Pudiera parecer que el que uno piense que las cosas han mejorado o empeorado dependiera de si uno es parte de la pequeña clase media latina emergente, o parte de la mucho mayor población de latinos que se encuentra en pobreza abyecta con sus acompañantes alto desempleo, altas tasas de criminalidad, pobres condiciones de vivienda, pobre atención de salud y discriminación institucional. Tristemente, 30 años después del Movimiento Chicano, las condiciones de desigualdad y discriminación que provocaron el movimiento permanecen. ¿Hay algo que podamos aprender de la experiencia del Movimiento Chicano para ayudar a continuar la lucha?

### Identidad

Cuando los chicanos adoptaron el nacionalista Plan de Aztlán, lo hicieron por una serie de razones. Una de éstas era la necesidad de sentir orgullo en su herencia cultural, rechazar la noción de que los mexicano-americanos eran "culturalmente deficientes". Nuestro chicanismo, enraizado en nuestra herencia indígena, no fue solo una estrategia política para ganar poder para el grupo o una táctica para lograr justicia social; fue también un movimiento de autoafirmación étnica. El chicanismo reemplazó un sentimiento de inferioridad con un sentido de poder, el autoodio con orgullo, el nihilismo

con esperanza, la desorientación con un propósito. Para muchos de nosotros se convirtió en un elemento principal de nuestras vidas, incorporando todo un conjunto de principios éticos e ideológicos.

A pesar de las limitaciones del nacionalismo cultural, sin un sentido de identidad, yo y muchos de mi generación, no hubiéramos tenido el sentido de propósito y autoestima para competir eficazmente en la sociedad americana. El indigenismo, abrazar una identidad indígena, tiene poco que ver con algún mérito innato en ser indígena, y mucho con el concepto de aceptarse a sí mismo como se es. La lección que aprendimos del indigenismo es que todas las personas deben ser respetadas como seres humanos. Todas las personas tienen algo en su herencia cultural de lo cual se pueden sentir orgullosos, y este sentimiento de autoestima puede darnos poder y satisfacción. Esta es una verdad que deben aprender los americanos de todas las razas.

Hoy la juventud mexicano-americana puede beneficiarse del indigenismo de los años 60. En vez de sucumbir a la insípida seducción de convertirse en un hispano o latino amorfo, manipulado por los medios y orientado al consumo, los mexicano-americanos pueden reclamar su ancestro indígena y enorgullecerse de él. Podemos vincularnos con otros pueblos nativos de las Américas para enfrentar los acuciantes temas sociales que continúan existiendo en



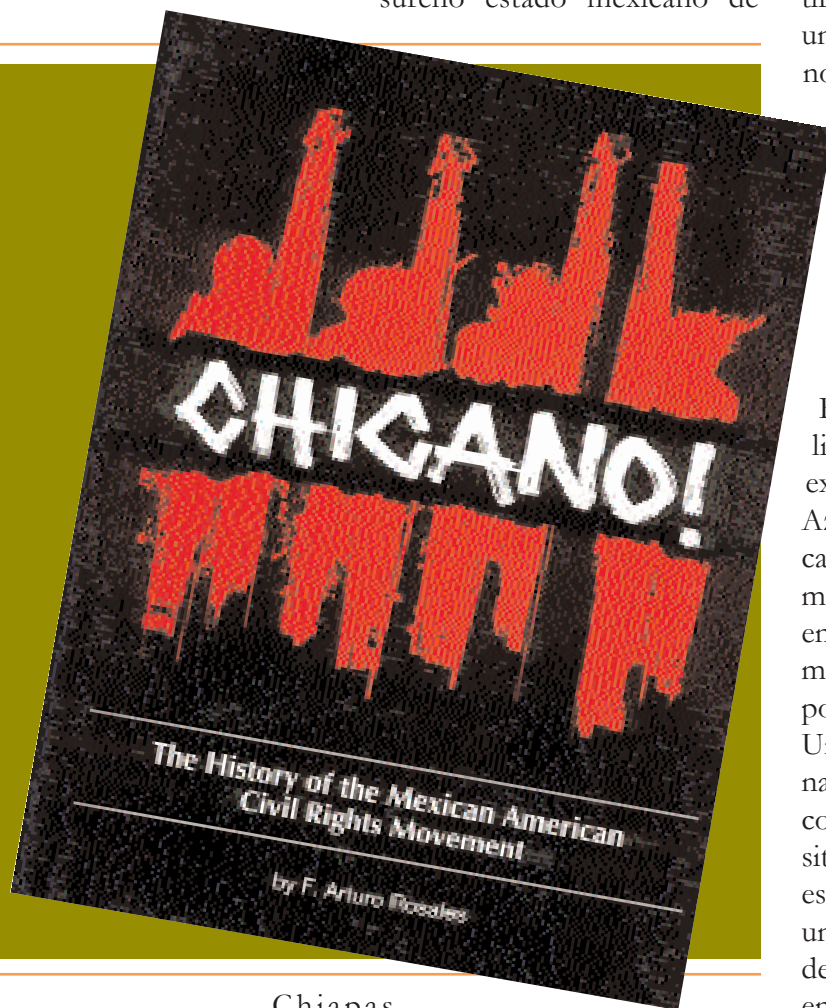
nuestras comunidades. Sin embargo, abrazar nuestra herencia debe hacerse con cuidado. No debemos repetir el error de hacer un culto de nuestra identidad indígena, ni esperar una solución “caída del cielo” para nuestros problemas terrenales. Por el contrario, debemos emplearla para hacernos de poder para confrontar los problemas económicos, políticos y sociales que aún enfrenta la Raza.

Solo hay que ver la experiencia en el sureño estado mexicano de

de la lucha revolucionaria zapatista y llegó a la conclusión de que sin el uso estratégico de Internet, la revuelta zapatista pudiera haber sido fácilmente Sin embargo, permanecer fijados a nuestra identidad étnica sin una expansión ulterior de nuestro pensamiento social es caer en la trampa narcisista de la política de identidades, un enfoque político que dice: “Yo tengo la mía. ¿Por qué preocuparme por los demás?”. La identidad no debe convertirse en un fin en si misma. Debe ser una experiencia que nos dé poder que nos motive a la lucha. Debemos expandir las fronteras de nuestro pensamiento y vincular nuestros esfuerzos sociales y políticos a los de otros grupos marginados en los Estados Unidos.

### El trabajo adelante

La desaparición del Partido de La Raza Unida confirma la naturaleza limitada del nacionalismo cultural extremo proclamado por el Plan de Aztlán. Esto no se debe a que no fuera capaz de atraer y movilizar grandes masas. Fue debido a su incapacidad de enfrentar con éxito los temas de una membresía mezclada. Debido a la composición multiétnica de los Estados Unidos, un programa electoral engranado solamente a un grupo racial está condenado al fracaso en todas salvo las situaciones más locales. También lo están, históricamente, los intentos de un tercer partido. Pero esto no quiere decir que no haya una posibilidad de enjaezar las vastas poblaciones de chicanos, puertorriqueños, cubanos y centroamericanos como fue planteado por La Raza Unida. En efecto, de muchas maneras se han cumplido parcialmente las metas trazadas por La Raza Unida: Enormes avances se han hecho en el registro de los votantes y en la elección de funcionarios latinos en todos los niveles de gobierno.



Chiapas, con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), para ver cómo el sentido de identidad indígena puede ser canalizado hacia el cambio político y social. Significativamente, el movimiento zapatista nos ha enseñado que debemos aprovecharnos de las tecnologías modernas. En 1999 la Corporación Rand realizó un estudio

Se puede argumentar que la presencia incrementada de latinos en los sistemas de educación, político, y de justicia criminal es la herencia duradera del Movimiento Chicano. Esto es en parte cierto. Sin embargo, con este reconocimiento viene una aparente contradicción. ¿Qué podemos pensar del hecho que tenemos más maestros, consejeros y directores latinos en muchas escuelas con alumnado predominantemente latino, y seguimos viendo altas tasas de deserción escolar? ¿Cómo reconciliamos la plétora de funcionarios electos latinos en todos los niveles (ciudad, condado, estado y nacional) con las terribles condiciones económicas, de salud y criminalidad que todavía dominan el barrio? ¿Cómo explicamos el aumento en el número de policías y funcionarios de implementación de la ley latinos, como en la División Bastión del LAPD, con un incremento en la población latina de las prisiones y los continuos casos de brutalidad policial?

En los primeros días del Movimiento, teníamos la ingenua idea de que si reemplazábamos con chicanos a los blancos en el poder, muchos de los cuales eran racistas, esto traería automáticamente mejoras en las condiciones sociales. Lo que hemos aprendido en el interim es que a menos que las instituciones sociales que forman el núcleo cambien en lo fundamental, las condiciones permanecerán iguales. Esta es claramente la realidad tras las contradicciones que hemos observado.

Hasta que la pobreza del barrio no sea erradicada, los bienintencionados maestros y consejeros latinos en nuestras escuelas continuarán ahogados en problemas que están más allá de su alcance y solo podrán afectar de forma mínima las altas tasas de deserción y la proliferación de pandillas, drogas y crimen.

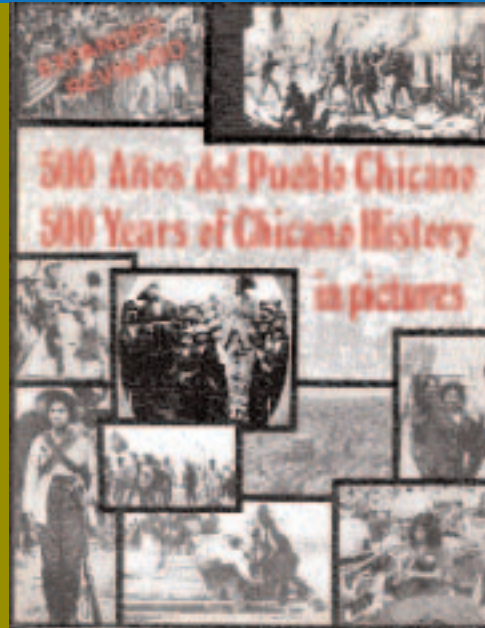
Muchos políticos latinos se han convertido en lo que el Dr. Rodolfo Acuña llama “gestores de poder”, líderes que



hablan por la comunidad sin lograr ganancias significativas para la comunidad. En tanto los políticos no respondan directamente ante el electorado sino a los altos contribuyentes financieros a las campañas, sus deseos de permanecer en el cargo dictará las prioridades legislativas y administrativas. Aprobar un subsidio para la construcción de un nuevo supermercado, por ejemplo, tendrá prioridad sobre la legislación de un impuesto para la creación de un programa anti-pandillas en horario extraescolar.

Hasta que nuestras agencias de implementación de la ley no sean supervisadas por juntas civiles de revisión efectivas, la policía continuará cuidándose a sí misma. Funcionarios como Rafael Pérez, el hombre que encendió el escándalo de la policía de Bastión cuando admitió testificar contra sus colegas abusivos como parte de un trato para aligerar su sentencia, continuarán pensando que pueden quebrantar la ley, siempre que sus abusos se limiten a los latinos y afro-americanos empobrecidos.

La lección del Movimiento Chicano para la generación de activistas de hoy es, en parte, que se puede alcanzar progresos, pero que simplemente llevar latinos a posiciones de poder —maestros de escuela, administradores de la ciudad, funcionarios estatales o políticos



nacionales— no garantizará el cambio social positivo. Los latinos también son humanos —cometen errores, se olvidan, hacen tratos. Debemos someter nuestros funcionarios electos a escrutinio público y pedir rendición de cuentas. Si es necesario esto puede significar protestas públicas —lo que sea necesario para asegurar que estos funcionarios electos latinos respondan a los intereses de nuestra comunidad. Por otra parte, aquellos maestros, intelectuales, políticos, funcionarios de ciudad, estado y federales quienes lleven adelante la lucha en una forma positiva deben ser recompensados con nuestro apoyo.

En el análisis final, nuestros líderes latinos viven y trabajan dentro de un sistema político pseudo-democrático, cuyos parámetros están definidos por una economía capitalista. Hasta que esta realidad no cambie, no podemos esperar una sociedad equitativa y democrática para todos los americanos.

### Tácticas

Sin duda alguna, los elementos dentro del Movimiento Chicano que adoptaron la violencia o que fueron percibidos

como una amenaza física a los Estados Unidos y sus instituciones fueron enfrentados con persecución violenta directa. Los ataques sobre los Boinas Pardas, la Moratoria Chicana de 1970 y el ataque sobre la Cruzada por la Justicia son solo tres ejemplos de este tipo de represión policial brutal. En otros casos el activismo fue minado mediante infiltración política y agentes provocadores. Una cosa que podemos aprender de la experiencia del Movimiento es que las posturas públicas de violencia son una forma segura de destruir una organización —y cualquier oportunidad de cambio social.

El veredicto aún no se ha dado sobre la mejor forma de organizar las masas populares que se necesitan para obtener cambios sociales perdurables. Por una parte, se puede argumentar que un llamado público a las armas en temas sociales claves puede lograrse más efectivamente utilizando la Internet de hoy y otras tecnologías modernas. Por otra parte, se puede argumentar que no hay nada más inspirador y que dé poder que ver a centenares de personas marchando codo con codo con una visión común y una meta justa.

El planeamiento táctico prudente para el cambio social efectivo requiere que mantengamos todas las opciones abiertas, incluyendo las demostraciones callejeras y la desobediencia civil, pero ciertamente que también utilicemos todas las tecnologías modernas a nuestra disposición. Los activistas de hoy deben conformar sus tácticas a las nuevas realidades y encontrar oportunidades para luchar por un mundo mejor, más humano y compasivo.

Al hacer así, los activistas latinos deben expandir su visión de la lucha más allá de La Raza. Debemos reunir a los americanos de todas las razas que se sientan comprometidos en transformar

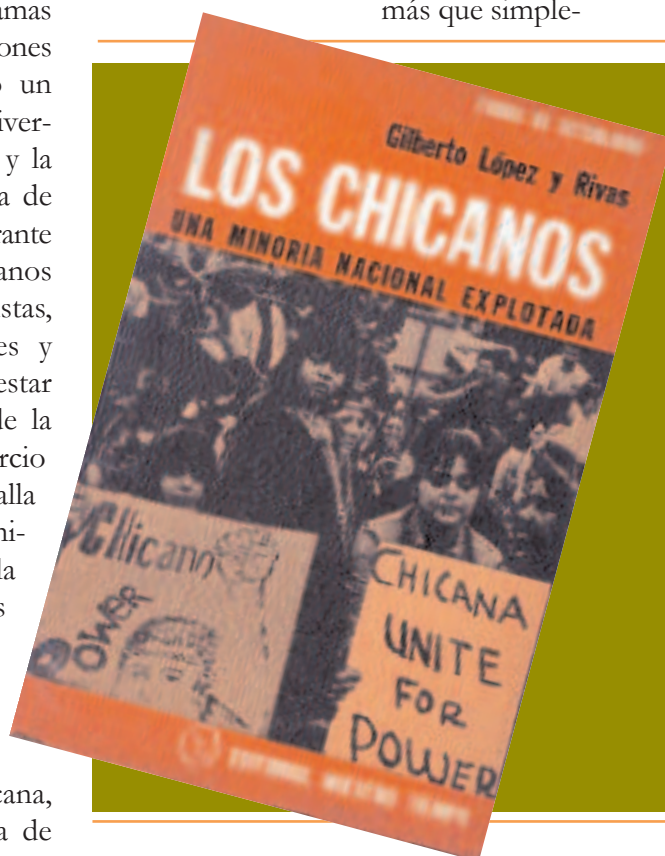
esta nación en una que realmente satisfaga la promesa americana de justicia social, igualdad y prosperidad para todos sus ciudadanos. ¿Será posible esto? Creo que sí, y miro hacia los ejemplos recientes en el paisaje americano en busca de inspiración.

En 1999 estudiantes multiétnicos de la Universidad de California en Berkeley llevaron a cabo una huelga de hambre para protestar recortes presupuestarios en la facultad y los programas de estudios étnicos. Esta y otras acciones de protesta dieron por resultado un compromiso de las autoridades universitarias de incrementar los cursos y la facultad de estudios étnicos —una de las victorias duramente peleadas durante los 60. También en 1999, americanos de movimientos sindicales, ecologistas, de derechos civiles, homosexuales y étnicos unieron fuerzas para protestar los dictados de la globalización de la Organización Mundial del Comercio en la históricamente llamada “Batalla de Seattle”. Nacionalmente, organizaciones afro-americanas como la NAACP y organizaciones latinas como el Consejo Nacional para La Raza y la Coalición Nacional Hispana de los Medios, unieron fuerzas para llamar a contar a los productores de la televisión americana, demandando una mayor presencia de todas las minorías en la televisión americana. En cada uno de estos casos, americanos de diferentes razas se han reunido en coaliciones para afirmar los principios de justicia e igualdad y han dicho “no” a la premisa de que el sistema actual está grabado en piedra. Al igual que en los años 60, los jóvenes han estado en la primera línea de estas luchas.

### Americano Yo

Tal vez la lección más difícil de aceptar para mí ha sido la de reconciliar

liarme conmigo mismo por ser ciudadano americano, a pesar de haber nacido en los Estados Unidos. En los momentos más estridentes de mi activismo odiaba a los Estados Unidos con pasión, por los crímenes perpetrados contra mi pueblo. Yo no quería tener nada que ver con este país y sí todo con ayudar a echar abajo sus instituciones racistas. Hoy pienso, como chicano y americano, que debo hacer más que simple-



mente criticar nuestra sociedad. Tengo la responsabilidad de trabajar para transformarla.

Las percepciones simplistas que yo una vez tuve, que los Estados Unidos estaban formados por minorías oprimidas (la gente buena) enfrentadas a los anglos con su racismo inherente (la gente mala), han sido reemplazadas por una apreciación más madura de la naturaleza compleja de los Estados Unidos y sus instituciones.

El sistema capitalista americano, a lo largo del tiempo, ha dado el poder a un



pequeño grupo de gente rica para que se beneficien del sudor y el trabajo de la población mucho mayor de gentes pobres y de clase trabajadora de todas las razas. El sistema crea suficientes oportunidades para que surja una clase media, salvaguardando la estabilidad social, aunque su fin último es servir a los fines de la clase de individuos ricos mientras se ignoran las necesidades de la mayoría de los americanos.

Esto es un hecho; no hay forma de eliminarlo mediante racionalización.

El resultado ha sido la creación y perpetuación de instituciones gubernamentales, cívicas y sociales que están cargadas de racismo, discriminación e injusticia. Un producto inevitable de este sistema económico ha sido la creación y el mantenimiento de una clase inferior de americanos empobrecidos. Pero no tiene por qué ser así. Yo no pienso que sea excesivamente optimista creer que estas instituciones y la infraestructura capitalista de la cual son parte pueden y definitivamente deben ser transformadas.

Estos cambios no ocurrirán de la noche a la mañana y no se darán necesariamente en los saltos y brincos que se dieron en los años 60. Los chicanos y otros latinos, como ciudadanos americanos, deben ser parte de este esfuerzo para transformar a los Estados Unidos en una nación mejor. Debemos hacer esto a pesar de la pro-

paganda de los medios que nos trata de persuadir de que somos impotentes, a pesar del racismo que nos trata de oponer a los blancos pobres, a los afro-americanos y a otros grupos marginados, y a pesar del cinismo popular que nos trata de convencer de que el futuro está perdido de antemano.

Yo creo que los latinos pueden jugar un papel importante en esta transformación nacional. Busco apoyo en las estadísticas demográficas. Para el año 2005 las personas de apellido hispánico constituirán la mayor minoría de los Estados Unidos. ¡De acuerdo con la Oficina del Censo de los Estados Unidos, para el año 2050 uno de cada cuatro americanos tendrá apellido hispánico! La mayoría de estas personas serán descendientes de mexicanos.

Qué hacemos con esta enorme presencia en los Estados Unidos: es lo que está en juego en los próximos 50 años. ¿Permitiremos que nos convirtamos en una flexible y explotable fuerza laboral para la floreciente expansión capitalista conocida como globalización?

¿Permitiremos que nuestra cultura y nuestro idioma no sean arrancados en un vano esfuerzo por hacernos más “americanos”, para acomodarnos a la idea de un mercadeador de productos de qué debemos comprar, usar y consumir? ¿Permitiremos que americanos temerosos y xenofóbicos busquen la aprobación de leyes en inglés solamente y creen nuevas proposiciones legislativas diseñadas a coartar nuestras libertades? ¿O, por el contrario, asumiremos una posición para afirmar nuestra identidad como americanos únicos con nuestra propia cultura distintiva y nuestro propio idioma, quienes pedimos respeto, igualdad y justicia? Solo hay que mirar a nuestro vecino del norte, Canadá, y el

éxito del movimiento quebequense, para conocer que en la unión está la fuerza. Para el año 2050 ciertamente seremos muchos. Pero no es solo eso. Está también en quiénes somos, quiénes queremos ser y en qué tipo de mundo queremos vivir.

Las perspectivas para el futuro están, aún, muy en nuestras manos. Debemos ver el vaso como medio lleno y no como medio vacío.

La sociedad en que vivimos no está grabada en piedra; no es inmutable. Los hombres y las mujeres crearon el mundo social en que vivimos, y hombres y mujeres también pueden transformar y mejorar ese mundo. Todos debemos estar preparados para luchar por crear una nación mejor.

Tal vez la lección final que se puede cosechar del Movimiento Chicano es que cuando las masas populares están organizadas y unidas, con el poder que da la pasión por la justicia y la igualdad social, pueden transformar la sociedad y producir cambios positivos. Podemos tener éxito. Lo hemos hecho antes. Podemos hacerlo de nuevo. Sí, se puede.

Traducido del inglés por José Llufrío

